



1903 1965

RCE 9063

PLUMA Y PINCEL

RICARDO LATCHAM, LA CHISPA INTELIGENTE

MARIO FERRERO

20

Siempre admitamos la erudición de Ricardo Latcham, su conocimiento vasto y profundo de la literatura hispanoamericana, su juicio certero y audaz en la captación de las esencias estilísticas, el maravilloso desenfadado de su análisis interpretativo, su comprensión humana y cordial ante los nuevos valores literarios.

Su aptencia intelectual no conocida límites y desde luego excede una bibliografía de más de quince títulos, todavía incompleta. Aquí y allá, dispersos o codificados, encontramos sustanciosos ensayos sobre Mariano Azuela, Alfonso Reyes, Domingo Faustino Sarmiento, Mariano Picon Salas, Rubén Darío, Juan Ramón Jiménez, Alberto Blest Gana, Manuel Rodríguez, algunos de ellos compilados en su *Antología. Crónica de una vida leída*, publicada en 1965 como homenaje a su partida.

También figuran allí estudios pavorosos que bien podrían conformar una historia de la Literatura Latinoamericana, como es el caso de sus comentarios sobre la novela mexicana, el teatro brasileño, interpretación de la histeria peruana, la literatura uruguayo del siglo XX, el costumbrismo en Hispanoamérica, historia de la literatura boliviana, las ideas del movimiento literario de 1842, el cuento hispanoamericano o el ensayo en Chile en el siglo XX. A su vez, en *Carnet Crítico*, publicada en Montevideo en 1962, habémosle leído sus ideas sobre la novela venezolana, el realismo mexicano, la narrativa uruguayo, la novela de la gran ciudad, el *Esquema de la Nueva Poesía Chilena* o su excelente *Ensayo sobre el Ensayo*.

Es más. Buena parte de nuestra generación leyó por primera vez *Tierra Baldía*, de Eliot, o los poemas de Archibald Mac-Leish y William Carlos Williams en la acuciosa versión de Latcham, en su *Antología de Escritores Contemporáneos de los Estados Unidos*, publicada en dos tomos por la Editorial Nascimento en 1944. La selección, de gratísimo recuerdo, nos abrió el camino hacia cuentistas y novelistas tan importantes como Hemingway, Sherwood Anderson, John Dos Passos, Thomas Wolfe, William Faulkner, John Steinbeck o William Saroyan. Todo un mundo de experiencias universales develado a la juventud de la época por el talento generoso del relevante crítico.

Es tarea difícil la de sintetizar la

multifacética personalidad de Ricardo Latcham en el noagésimo aniversario de su nacimiento.

Escritor de variado registro, por tres décadas crítico literario de *La Nación* y de diversas revistas del continente, maestro de maestros en la cátedra universitaria, brillante parlamentario, académico de la lengua, diplomático, conferenciante inimitable. Como político, alguna vez se autocalificó de "socialista mendrugo" mucho antes que Felipe González, lo que significaba colocarse fuera de marco, defender el derecho a la individualidad creadora. Sin embargo, fue un luchador persistente y apasionado. Conformó, junto a Julio Barmenechea, Manuel Eduardo Hubner, César Godoy Urrutia, Ascello Tapia y Oscar Schnake, el más agremiado equipo de oradores parlamentarios socialistas de que se tenga memoria en el país. Fue un hombre consciente con sus ideas, de posición clara y firme y espíritu libertario.

Pero, por encima de estas virtudes cívicas, existían en Latcham otras características muy personales, acasó únicas en Chile, que lo diferenciaban de los otros críticos y le conferían un extraordinario sello de humanidad y simpatía: el chispeo de su charla, su condición de conversador impetuoso e informado, su particularísimo sentido del humor, la amena liviandad en la confección de sus retratos psicológicos y esa gracia de buena ley que deleitaba a sus contertulios en el grupo social del comentario.

El suyo era un comentario irónico, de doble fondo, que hería sin herir, que estimulaba más allá del elogio, que calaba las complejidades más profundas como en un juego de abalorios. Un cóctel sin Latcham era medio cóctel. Una comida de homenaje sin su presencia jamás logró pasar los límites de la lata académica, de la grandilocuencia trivial o la retórica formal, del todo ajena a la autenticidad de su estilo de vida.

Y es que Latcham sentía una pasión irresistible por la creación

literaria, por el mundo íntimo de las artes y las letras, por el avatar sin rumbo de la gran aventura intelectual. Esta pasión se manifestaba hasta en las condiciones más negativas, más inapropiadas para una charla tranquila y agradable.

Recuerdo la mañana de un domingo en que fui a su departamento de la calle Huérfanos, junto a la gloria, a dejarte uno de mis libros regalar. En la puerta me encontré con Nicomedes Guzmán. No serían más de las once, hora más que importuna para intentar una visita literaria. Luego de una larga espera salió Latcham en persona, cansado, a medio vestir, sin afeitarse, visiblemente molesto por la insistencia de los timbreros. No obstante, nos invitó a pasar y de malas ganas iniciamos una charla lenta, desahogada, llena de reticencias. Pero a las doce del día ya estábamos en plena euforia. Latcham, en blusa de pijama, iba y venía de uno a otro de los estantes de su fabulosa biblioteca, comprobando las citas de cada una de sus tesis o leyendo textos novedosos que le llegaban desde los cuatro puntos cardinales. Al poco rato estaban llenos de libros la mesa de su escritorio, los sillones y la mesilla del teléfono, a través del cual nuestro gentil amigo insistía en llamar a un fotógrafo que viniese a testimoniar "la cordialísima visita". A las dos de la tarde nos habíamos bebido una botella de whisky y nos disponíamos a improvisar un almuerzo a la suerta de la olla, pues el crítico estaba solo y venía regresando de uno de sus viajes.

Parecida actitud tuvo en otra ocasión en que nos encontramos con él, tarde de la noche, en compañía de Julio Mercada. Latcham venía de una recepción en la Embajada de México, en la que se había conveccionado de todo y bebido tequila con entusiasmo. En aquel momento su lucidez era brillante, arrebatadora, y le quedaban en la cabeza, al parecer, muchos argumentos que no había tenido tiempo de esgrimir, solicitado como siempre desde todos los ángulos. Nos invitó a un café y nos amancimos

escuchando su sabrosísima conversación, el ir y venir de sus ideas, el comedido estudio y sagaz de sus lecturas, las anécdotas más variadas de su interminable vagabundaje. Supimos de sus conferencias en México, de su exitosa labor como embajador chileno en Uruguay, de sus viajes a La Habana, de su última estada en París.

Esta evocación de múltiples factetas nos viene a la memoria a propósito de la relectura de su discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua, pronunciado el 14 de diciembre de 1956 y publicado por el *Boletín de la Academia* con un retraso urgente de diez años. Se trata de un discurso personalísimo, antiacadémico por excelencia, anticonvencional, antirretórico, lleno de vivencias íntimas y experiencias singulares. Y que, como de paso, un irrazonable cuadro de costumbres, con su galería siempre cambiante de personajes y escenas, de situaciones y conductas.

Las citas podrían multiplicarse hasta reproducir todo el discurso. Veamos sólo algunas, las más dispares e intencionadas. He aquí el retrato caracterológico de don Víctor Barros Borgoño, trazado a propósito de las ferriadas de su hermana Mariana: "Don Víctor era un tipo excéntrico, que parecía arrancado de una novela de Dickens. Se trataba con enorme facilidad y se retiró de las reuniones de su hermano por causas increíbles. Sostenía que allí se defendía a Felipe II y a la Inquisición; que Alvaro Orrego, al explicar la teoría de la relatividad, que nadie entendía entonces, había ofendido la memoria intocable de Newton, y que doña Mariana atribuía la paternidad de las obras de Shakespeare al canceller Bacon. Todo esto enfurecía al copulento anciano y entonces trombaba contra medio mundo. Su virulencia externa ocultaba una gran bondad y una sabiduría muy vasta. En compañía del presbítero don Juan Salas Errázuriz, emprendió la tarea, desacomodada entre nosotros, de redactar un diccionario de raíces griegas. Mientras avanzaba el trabajo, murió su insignificante colaborador y nunca fue terminado por don Víctor. Lo peor de todo -decía- es que nos detuvimos en la palabra comudo."

Se comprenderá la sorpresa que este pasaje debe haber causado en los miembros de la Academia, tan cuidadosos de la respetabilidad. Es la misma sorpresa, esta vez agradable, que solían sentir los que fueron sus

Ricardo Latcham, la chispa inteligente [artículo] Mario Ferrero.

AUTORÍA

Ferrero, Mario, 1920-1994

FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ricardo Latcham, la chispa inteligente [artículo] Mario Ferrero.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile